

Algunas veces, no obstante, Lázaro pasaba dos ó tres días sin ser visitado por la muerte.

Una mañana Paulina encontró en el cuarto del joven un almanaque señalado con infinidad de rasgos hechos con lápiz rojo, y sorprendida, le preguntó:

—¡Toma! ¿qué marcas así?..... ¡Pues apenas hay fechas señaladas!

Y él respondió tartamudeando:

—¿Yo?..... Yo no marco nada..... Yo no sé.....

Ella replicó jovialmente:

—¡Bah! yo creía que sólo las muchachas confiaban á los calendarios ciertas cosas que no se dicen á nadie..... ¡Ah! si es que piensas en nosotras todos esos días, confieso que eres muy amable..... ¿Conque tienes tantos secretos?

Y como él se turbase más con cada palabra, la joven tuvo la caridad de callar: ella había visto pasar una sombra por la frente pálida del hombre, la sombra del mal oculto que ella no podía curar de ningún modo.

Hacia algún tiempo que le subyugaba una nueva manía: en la certidumbre de su fin próximo, no salía de su cuarto, no cerraba un libro, no se servía de cualquier objeto sin creer que aquello era el últi-

mo acto de su vida, y que ya no volvería á ver ni el objeto, ni el libro, ni el cuarto, y había adquirido la costumbre de despedirse de todas las cosas, la necesidad indeclinable de volver á cogerlas, de verlas otra vez.

Esto se mezclaba con ideas de simetría: tres pasos á la izquierda y tres pasos á la derecha; igual número de sillas ó de muebles en cada lado de la chimenea ó de la puerta..... Y con la idea supersticiosa que cierto número de tactos en los objetos, cinco y siete, por ejemplo, hechos de particular manera, impedían que la despedida de ellos fuera definitiva.

Á pesar de su viva inteligencia y de su negación de lo sobrenatural, practicaba con docilidad de bruto aquella religión imbécil, y la disimulaba como una enfermedad vergonzosa: aquello era la revancha del desarreglo nervioso del pesimista y del positivista que declaraba creer únicamente en el hecho, en la experiencia.

Y era divertido verle.

—¿Qué tienes para taconear tanto?—gritaba Paulina.—Tres veces seguidas vas y vienes al armario para tocar la llave..... Déjala quieta, que no se escapará.

Por la noche, apenas acababa de acostarse y antes de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

retirarse, alineaba las sillas por orden determinado; hacía abrir y cerrar las puertas varias veces; entraba luego para imponer sus manos, la derecha después de la izquierda, en la obra maestra de su abuelo.

Paulina le esperaba al pie de la escalera, y acababa por reirse de él.

—¡Qué monomaniaco serás á los ochenta años! Déjame que te pregunte: ¿crees que es razonable atormentar así las cosas?

Una mañana le sorprendió besando siete veces la cabecera del lecho donde había espirado su madre, y ella adivinó la tortura que envenenaba la existencia de Lázaro.

Cuando él palidecía al leer en cualquier periódico una fecha futura del siglo xx, ella le miraba con tan profunda compasión, que le hacía volver la cabeza: sentíase entonces comprendido, y corría á ocultarse en su cuarto con el pudor confuso de mujer á quien se sorprende en su desnudez.

¡Cuántas veces él mismo se había llamado cobarde! ¡Cuántas había jurado luchar contra su mal! Entonces razonaba, y miraba á la muerte cara á cara, y para retarla, en lugar de velar en un sillón, se echaba al punto en su lecho: ya podía venir la muerte, que él la consideraba como una fortuna.

Mas en seguida los latidos de su corazón le llevaban sus juramentos, el soplo frío helaba su carne, y extendía las manos lanzando su habitual alarido:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Es necesario morir!

Y aquellas recaídas dolorosas le llenaban de vergüenza y desesperación.

Paulina, sin embargo, quería vencer, en el orgullo de su abnegación: ella conocía el mal; ella procuraba inspirar valor á Lázaro haciéndole amar la vida.

Imaginó primero atacarle de frente, volviendo á empezar sus antiguas burlas de chiquilla sobre la *villana bestia del pesimismo*.

¿Qué era eso? Pues era ella quien ahora decía la misa al gran santo Schopenhauer, mientras él, como todos los farsantes pesimistas, consentía en hacer saltar el orbe con un petardo, rehusando absolutamente encontrarse en la danza.....

Estos sarcasmos le sacudían con risa tan mortificante, y él parecía sufrir tanto, que la joven no volvió á insistir.

En seguida intentó consuelos como si fuese un niño, y se esforzó en presentarle un medio amable, de paz riente, de afección fraternal: siempre la veía él dichosa, fresca, alegre, gozándose en la vida; la

casa estaba inundada de sol; no había sino dejarse vivir.

Y él no podía, porque aquella felicidad sonriente exasperaba más todavía su miedo al más allá.

Ella entonces recurrió á la astucia, pensando en lanzarlo á alguna ocupación grave que le aturdiere, y cada día, cada hora multiplicaba así las tentativas, sin retroceder ante el mal éxito, mientras él, lanzado de la misma ociosidad, sin gusto para nada, hasta no quería leer y dejaba pasar los días aniquilándose.

Un día Paulina tuvo esperanzas.

Había ido á dar un paseo por la playa, cuando Lázaro, pasando por delante de las ruinas de las presas y la estacada, de la cual todavía quedaban algunos pies derechos, se puso á explicar un nuevo sistema de defensa, de absoluta resistencia, según él aseguraba: todo consistía en duplicar el grueso, y dar al poste central una inclinación más pronunciada.

Y como él hubiese recobrado, explicando tales detalles, su voz vibrante, sus ojos resplandecientes, ella le instó para ponerse á la obra, porque su principal deseo era empujarle á la acción, aunque allí se consumiese el resto de su fortuna.

Pero él se encogió de hombros.

¿Para qué? Precisamente había palidecido en aquel instante, por asaltarle la idea rápida de que si él empezaba tal trabajo, probablemente moriría antes de haberlo terminado.....

Y por lo mismo, á fin de ocultar la turbación, invocó su rencor contra los pescadores de Bonneville.

—¡Valientes brutos! ¡Ellos se han burlado de mí cuando la bribona les amenazaba! Pues bien: que se los trague, que acabe con el pueblo, y ya no volverán á reírse de mis pajuelas, como decían.

Paulina dulcemente procuraba calmarlo.

¡Eran tan desgraciadas aquellas gentes!

Desde la marea que se había tragado la casa de los Houtelard, la más sólida del pueblo, y tres ó cuatro chozas de pobres, la miseria aumentaba.

Houtelard, antes el más rico de la aldea, se había instalado en una granja abandonada; pero los otros pescadores, no teniendo casa donde albergarse, acampaban en la playa bajo unas covachas que construyeron con viejas barcas, y las limosnas de la comarca se empleaban en aguardiente.....

Aquellos miserables vendían todo su ajuar, y sus vestidos para comprar litros del terrible *calvados*,

que les embrutece y les dejaba tendidos, como muertos, á través de las puertas.

¡Sólo Paulina les defendía siempre!

El cura les había abandonado; Chanteau hablaba de hacer dimisión de la alcaldía, por no estar al frente de aquella piara de puercos; Lázaro, cuando su prima le instaba á compadecerse del pobre pueblo, repetía el perpetuo argumento de su padre:

—¿Quién les obliga á vivir en él? No tienen más sino construir su vivienda en otra parte. ¡Verdaderamente es muy estúpido eso de vivir pegados casi bajo las olas!

Todo el mundo se hacía igual reflexión; y los pescadores que habían nacido allí, ¿por qué no marcharían á otra parte?

Y esto duraba hacía ya siglos y siglos, y como decía Prouane cuando estaba ebrio:

—¡Es menester que alguien nos trague!

Paulina redoblaba sus cuidados y distribuía socorros con largueza, habiendo sentido la alegría de asociar á Lázaro en sus obras de caridad, esperando distraerlo, conducirle por el ejercicio de la piedad al olvido de sí mismo.

Todos los sábados quedaba él con su prima: los

dos recibían, de cuatro á seis de la tarde, á sus amiguitos pobres de la aldea, aquella larga cola de niños en harapos, cuyos padres les enviaban á pedir una limosna á *la señorita*.

Un sábado, como lloviese mucho, Paulina no pudo hacer su repartición de socorros en la terraza, según su costumbre, y Lázaro instaló un banco en la cocina.

—¡Cómo, señor!—exclamó Verónica.—¿Es que la señorita piensa en meter aquí toda esa canalla por-diosera? ¡Pues vaya una idea! Si queréis encontrar piojos hasta en la sopa.....

La joven entraba entonces con un taleguillo de dinero y su caja de medicinas, y la contestó riendo:

—¡Bah! antes de que suceda eso, ya darás una escobada..... ¿No ves qué lluvia tan fuerte? ¡Los pobres niños estarán caladitos hasta los huesos!..... Y además, el agua les habrá lavado lindamente.....

En efecto, los primeros que entraron tenían el rostro sonrosado y limpio por la lluvia, pero estaban tan empapados, que chorros de agua caían de sus guñapos sobre las baldosas de la cocina, lo que aumentaba el mal humor de Verónica, y más aún cuando la señorita la rogó que encendiese un buen fuego para que los muchachos se calentasen y secasen.

Paulina se había sentado delante de la mesa, teniendo al alcance de las manos el dinero y los otros donativos, y se disponía á llamar á los niños uno á uno, cuando Lázaro, que estaba de pie, al ver entre ellos al hijo de los Houtelard, grito con enojo:

—¡Te había prohibido volver aquí, gran pillo! ¿Pero tus padres no tienen vergüenza para enviarte á mendigar, ellos que tienen que comer, habiendo tantos infelices que perecen de hambre?

El hijo de Houtelard era un chico de quince años, muy alto y delgado, de triste y tímido aspecto, que se echó á llorar.

—¡Me pegan cuando no vengo!— dijo —La mujer agarra una cuerda y papá me empuja afuera.

Y se levantó la manga para enseñar una gran contusión amoratada que le había producido la cuerda de nudos.

La mujer aquella era la antigua criada del padre, quien se casó con ella al quedar viudo, y la cual mataba al chico á fuerza de latigazos.

Ahora vivían en una cloaca, y se vengaban en el pobre muchacho.

—Ponle en ese brazo una compresa de árnica— dijo Paulina dulcemente á Lázaro.

Y ella dió al chico una moneda de cinco francos.

—Toma, dales esto para que no te peguen, y díles que si continúan pegándote, si el sábado próximo traes señal de golpes en tu cuerpo, no les daré ni un céntimo.

Los otros pequeños, sentados á lo largo del banco, y alegres por el buen fuego que les calentaba las espaldas, se burlaban de aquello, dándose con los codos, mientras sus vestidos humeaban y gruesas gotas caían de sus pies desnudos.

Uno de los galopines más pequeños había cogido una zanahoria cruda, que estaba comiendo furtivamente.

—Cuche, levántate— dijo Paulina.—¿Has dicho á tu madre que cuento con obtener dentro de poco su admisión en los Incurables de Bayeux?

La mujer Cuche, aquella miserable abandonada que se prostituía á todos los hombres en los rincones de las calles, se había roto una pierna en el mes de Julio, y vivía contrahecha, cojeando lastimeramente, sin que su repugnante fealdad, aumentada por tal dolencia, hiciese retroceder á su ordinaria clientela.

—Sí, se lo he dicho—respondió el chiquillo con voz enronquecida;—pero ella no quiere.

—¿Cómo que no quiere?—gritó Lázaro.—Y tú

tampoco quieres, gandul; porque te dije la semana última que vinieras á trabajar en mi huerta, y hasta ahora te estoy esperando.

—Es que no tengo tiempo.

Entonces intervino Paulina, temiendo que su primo se arrebataste.

—Siéntate—dijo al muchacho—y espera, que hablaremos en breve. Procura reflexionar ó me incomodaré yo también.

Llegó el turno á la pequeña Gonin.

Era ésta una chicuela de trece años, que guardaba su lindo rostro bajo un bosque enmarañado de rubios cabellos, y antes de ser interrogada contó que la parálisis de su padre le subía ya á los brazos y á la lengua, porque sólo exhalaba el pobre diablo unos gruñidos que parecía una fiera; y el primo Cuche, aquel antiguo marinero que le había quitado la mujer, la mesa y el lecho, instalándose él como dueño de todo, se había arrojado sobre el viejo en la mañana del mismo día, con intención de rematarle.

—Madre también le pega—continuó la niña.— Por la noche se levanta en camisa, con el primo, y arroja vasijas de agua fría sobre papá, porque él gime con fuerza, y esto les incomoda..... ¡Si vieséis

cómo le han puesto! Está desnudo, señorita, y necesitaría un poco de lienzo.....

—Está bien..... ¡cállate!—dijo Lázaro interrumpiéndole, mientras Paulina, compadecida, enviaba á Verónica á buscar un par de sábanas.

Entonces Lázaro preguntó bruscamente á la chicuela:

—¿Y qué hacías tú anteanoche en la barca de Houtelard, con un hombre que huyó en seguida que pudo verme?

La mocosa se echó á reir sarcásticamente:

—No era un hombre..... era ése—respondió, designando al hijo de Cuche.—¡Me había tirado hacia atrás.....!

—Sí, sí, ya lo observé todo; tenías las enaguas por encima de la cabeza. ¡Ah! Empiezas bien pronto, á los trece años.....

Paulina le puso la mano en el brazo, porque los otros niños, al oír aquello, abrían enormemente los ojos en los que fulguraban precoces vicios.

¿Cómo remediar aquella podredumbre en el montón informe en que yacían confundidos hombres, mujeres y niños?

Paulina, entregando á la niña dos sábanas y un litro de vino, la dijo en voz baja algo que la inspi-

rasede miedo por las consecuencias de tal conducta, que la harían caer enferma y quedar desfigurada y fea antes de ser una mujer.

Este era el único modo de contenerla, amedrentándola.

Lázaro, para apresurar la distribución que le repugnaba y le irritaba, llamó á la hija de Prouane.

—Tu padre y tu madre estaban también borrachos ayer tarde..... Y se me ha dicho que tú estabas más que ellos.

—¡Oh! no, señor; era que me dolía la cabeza.

El joven puso delante de la chiquilla un plato con algunas bolitas de carne cruda.

—Come eso.

La niña tragó tres bolitas, haciendo muecas de desagrado.

—Basta ya, que no puedo más.

Paulina tomó una botella, y dijo:

—Esta bien; pero si no las comes todas, te quedas sin la copita de vino de quinina.

Entonces la chucuela, con la mirada centellante fija en la botella, tragó las demás sin repugnancia, y en seguida se arrojó en la garganta la copa de vino con el especial castañeteo de labios que denuncia al vicioso borracho.

Y no se retiraba de allí, sino que concluyó por suplicar á la señorita que la dejase llevarse á su casa la botella, para no tener que venir todos los días; que ella la escondería para que sus padres no la bebiesen el vino.

Paulina rehusó.

—¡Para que la vacíes de un trago!— dijo Lázaro.— Ahora hay que desconfiar de tí, pequeña bota de vino.

El banco se fué desocupando poco á poco, y todos los niños recibieron dinero, pan y carne; y aunque algunos se hacían los remolones ante el buen fuego, Verónica, que había observado la disminución de las zanahorias, les despidió inclemente, arrojándolos á la calle.

—¡Habrás visto! ¡Unas zanahorias tan ricas, y todavía llenas de tierra!

Quedó sólo el hijo de Cucho, sombrío y cabizbajo por el sermón que le esperaba.

Paulina le llamó entonces, le habló largamente en voz baja, acabó por darle un pedazo de pan y cinco francos, y él se fué con estúpido balanceo de bestia salvaje y testaruda, prometiendo trabajar y bien decidido á no hacer nada.

La doméstica exhalaba un suspiro de alivio, cuando súbitamente gritó:

—¡Pero si no han marchado todos! Todavía queda alguno en ese rincón.....

Quedaba la pequeña Tourmal, el aborto de los caminos y las calles, que tenía estatura de enana á pesar de sus diez años, y semejante á los niños fenómenos que son dislocados para los ejercicios de los circos ecuestres.

Estaba acurrucada entre la mesa y la chimenea, como si, temiendo ser sorprendida en actitud de hacer algo malo, se hubiese deslizado á hurtadillas hasta aquel sitio.

—¿Qué haces ahí?—la preguntó Paulina.

—Me caliente.

Verónica lanzó una ojeada inquieta alrededor de su cocina, porque los sábados anteriores, aunque los niños se reunían en la terraza, desaparecieron pequeños objetos; pero la cocina estaba en orden entonces, al parecer, y la chicuela, que se había puesto de pie, comenzó á aturdirles con su voz aguda, murmurando:

—Papá está en el hospital, abuelito se ha herido en el trabajo, mamá no tiene vestido para salir de casa.....

Tened piedad de nosotros, mi buena señorita.....

—¿Quieres no rompernos la cabeza con tus lamentaciones, embustera?—gritó Lázaro exasperado.

—Tu padre está en la cárcel por contrabandista, y el día en que tu abuelo se rompió la muñeca estaba robando los parques de ostras de Roqueboise..... Y si tu madre no tiene vestido, irá en camisa á merodear por los caminos, porque se la acusa de haber retorcido el cuello á cinco gallinas en el corral del posadero de Verchemont..... ¿Es que quieres burlarte de nosotros, y encubrirnos historias que conocemos mejor que tú? Lárgate de aquí, y cuéntaselas á los transeuntes por los caminos.

La niña, como si nada hubiese oído, volvió á empezar su ruego con impudente aplomo.

—¡Compadeceos, mi buena señorita, porque los dos hombres están enfermos y madre no puede salir..... ¡Dios os premiará!

—Toma y vete de aquí. ¡No mientas más!—la dijo Paulina, dándole una moneda.

La chiquilla no se hizo repetir la frase: de un salto salió de la cocina, y atravesó por el patio con toda la velocidad de sus cortas piernas.

Pero casi en el mismo instante la doméstica lanzó un grito.

—¡Ah, Dios mío! ¡El vaso que estaba sobre la mesa! ¡Es el vaso de plata de la señorita y se lo lleva esa infame!

Y echó á correr en persecución de la ladrona.

Dos minutos más tarde la traía por el brazo, con ceño terrible de gendarme, y pasó las mayores fatigas para registrarla, porque la chiquilla se defendía mordiéndolo, arañando, exhalando alaridos como si la degollasen.

El vaso no estaba en sus bolsillos, sino entre los harapos que la servían de camisa.

—¡Bien decía el señor cura que esta mocosa os robaría!—repitió Verónica—y lo que es yo iba ahora mismo en busca de la policía.

Lázaro también hablaba de la cárcel, irritado por el gesto provocador de la muchacha, que se erguía como una culebra á la cual se pisa la cola.

—¡Devuelve lo que te han dado!—exclamó él iracundo.—¿Donde está la moneda?

Y ella se puso la moneda en la boca para tragársela, cuando Paulina la detuvo, diciendo:

—Guárdala, pero advierte en tu casa que esa moneda es la última que te doy. En lo sucesivo iré yo misma á ver lo que necesitáis. ¡Vete!

Y la chiquilla echó á correr con sus pies desnudos saltando por los charcos; mientras Verónica empezaba la limpieza del banco y piso de la cocina con una esponja, la señorita se retiraba muy seria con

su bolsillo y caja de medicamentos, y Lázaro, muy excitado por aquella escena, iba á lavarse las manos en la fuente.

El pesar de Paulina consistía en que Lázaro no tomaba interés por los pobres de la aldea; si él quería ayudarla los sábados, era por virtud de complacencia á ella misma, sin que su corazón participase de la caridad.

Poco á poco él llegó á sufrir realmente con el aspecto de aquella chiquillería harapienta, en la que fermentaban todos los pecados de los hombres, y la cual era como un plantel de miserables que le hacía aborrecer la vida. ¡Dos horas después de tales buenas obras, concluía por hacer una mala, negando las limosnas y burlándose de la caridad.

Y entonces gritaba que sería prudente aplastar bajo el pie aquella nidada de insectos nocivos, en vez de ayudarla á crecer.

Paulina le escuchaba con sorpresa por tanta violencia, y con gran pena por no pensar de igual manera.

Aquel mismo sábado, cuando ambos estuvieron solos, el joven lanzó todo su disgusto en esta frase:

—¡Me parece que salgo de una alcantarilla!

Y en seguida añadió: